
LA IMAGINACIÓN UTÓPICA EN EL *CANTAR DE MIO CID*

LUIS GALVÁN
(Universidad de Navarra)

LA CRÍTICA SOBRE el *Cantar de mio Cid*, a lo largo del siglo xx, ha ido pasando de destacar su veracidad histórica en personajes y hechos a conceder un papel cada vez más importante a la imaginación y elaboración artística, que moldea y unifica todos los elementos, tanto los reales como los no reales¹. Con esta orientación, se han estudiado aspectos como la estructuración de la trama, las caracterizaciones (sobre todo la idealización y mitificación del héroe), y el aspecto ideológico de las alteraciones de la historia real². El objetivo de este trabajo es mostrar cómo se

1. Ver A. D. Deyermond, «Tendencias in *Mio Cid* Scholarship, 1943-1973», en *Mio Cid Studies*, editado por A. D. Deyermond, London: Tamesis Books, 1977, págs. 13-47 (27).

2. Por ejemplo, Peter Dunn, «Theme and Myth in the *Poema de mio Cid*», *Romania*, 83 (1962), págs. 348-369, y «Levels of Meaning in the *Poema de mio Cid*», *MLN*, 75 (1970), págs. 109-119; A. D. Deyermond, «Structural and Stylistic Patterns in the *Cantar de mio Cid*», en *Medieval Studies in Honor of Robert White Linker by His Colleagues and Friends*, editado por Brian Dutton, J. Woodrow Hassell Jr. & John E. Keller, Valencia: Castalia, 1973, págs. 55-71; Julio Rodríguez Puértolas, «El *Poema de mio Cid*: nueva épica y nueva propaganda», en su *Literatura, historia, alienación*, Barcelona: Labor, 1976, págs. 21-43; Roger M. Walker, «The role of the King and the poet's intention in the *Poema de mio Cid*», en *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, editado por A. D. Deyermond, London: Tamesis Books, 1976, págs. 257-266; Thomas Hart, «Characterization and plot structure in the *Poema de mio Cid*», en *Mio Cid Studies*, editado por A. D. Deyermond, London: Tamesis Books, 1977, págs. 63-72; María Eugenia Lacarra, *El «Poema de mio Cid»: realidad histórica e ideología*, Madrid: Porrúa Turanzas, 1980; Alberto Montaner, «El Cid: mito y símbolo», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 27 (1987), págs. 121-340.

unifican trama, carácter del héroe e ideología en el motivo de la fundación de una sociedad ideal en Valencia, poniendo de relieve los elementos imaginativos convencionales³. En esta perspectiva se integran algunos rasgos del *Cantar* que se han considerado inusuales dentro de la épica, como la importancia de las cuitas familiares y el final feliz⁴. Se ha observado que estos dos últimos rasgos los comparte con la *Odisea* y con los libros de aventuras griegos; en el contexto de la Edad Media castellana, hace pensar en el *Libro de Apolonio* y el *Libro del caballero Zifar*, entre otras obras. Desde este punto de vista, es notable la coincidencia del *Cantar* con las observaciones de Northrop Frye sobre el *romance* y la comedia: la forma convencional del *romance* es la aventura o demanda (*quest*), con las fases de viaje peligroso, combate crucial y exaltación del héroe, y algunas variedades de *romance* ponen en primer plano la defensa de una sociedad feliz; en la comedia, una figura central construye su propia sociedad, lucha contra una fuerte oposición, expulsa a quienes pretenden disuadirlo o explotarlo, y logra el triunfo⁵. La aportación metodológica que pretendo hacer consiste en valorar la importancia de las formas arquetípicas de la imaginación para interpretar el *Cantar* y relacionarlo con otras obras de tema y origen diferentes, mostrando algunas claves de su pervivencia y universalidad⁶.

3. Como dice Lacarra (*El «Poema de mio Cid»*, pág. 160), al héroe ideal corresponde una sociedad ideal. Michael Harney ha analizado con conceptos sociológicos y antropológicos la actividad del Cid y la sociedad que configura en torno de sí (sobre los aspectos utópicos, ver especialmente «Movilidad social, rebelión primitiva y la emergencia del estado en el *Poema de mio Cid»*, en *Mythopoesis: Literatura, totalidad, ideología*, editado por Joan Ramon Resina, Barcelona: Anthropos, 1992, págs. 65-101 (82-87); *Kinship and Polity in the «Poema de mio Cid»*, West Lafayette: Purdue University Press, 1993, págs. 208-229). Es más corriente que los estudios señalen cómo el *Cantar* idealiza las instituciones de Castilla, o cómo el Cid hace que dichas instituciones alcancen su nivel ideal (P. Dunn, «Theme and Myth», págs. 350, 360-61; T. Hart, «Characterization and plot», pág. 71; Joseph Duggan, *The «Cantar de mio Cid»: Poetic Creation in Its Economical and Social Contexts*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989, págs. 146-47).

4. Ian Michael, «Epic to romance to novel: Problems of genre identification», *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, 68 (1985-1986), págs. 498-527 (507); M. Harney, *Kinship and Polity*, pág. 14; T. Hart, «Characterization and plot», pág. 64; Alan Deyermond, «The Close of the *Cantar de mio Cid*: Epic Tradition and Individual Variation», en *The Medieval Alexander Legend and Romance Epic: Essays in Honour of David J. A. Ross*, editado por Peter Noble, Lucie Polak & Claire Isoz, Millwood (NY): Kraus, 1982, págs. 11-18 (12).

5. Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, Princeton: Princeton University Press, 1957, págs. 43, 187 y 200-01.

6. Véanse además otras aproximaciones a elementos convencionales de la épica y del *Cantar* en particular: A. D. Deyermond y Margaret Chaplin muestran la relevancia de los motivos folklóricos en la épica castellana medieval («Folk-motifs in the medieval Spanish

HACIA LA UTOPIÍA

Al comienzo del *Cantar*, el Cid se encuentra enajenado de su sociedad por una orden injusta del rey Alfonso. Esta es una de las formas típicas de la opresión que las figuras con autoridad suelen ejercer al comienzo de los conflictos cómicos y románticos⁷. El *Libro de Apolonio* se desencadena por el abuso criminal del rey Antíoco; el caballero Zifar sufre un extrañamiento por la malquerencia de cortesanos envidiosos, que convencen al rey para que desprecie al héroe (lo mismo pasó a Amadís de Gaula en la mitad de su carrera). El Cid se encuentra en una situación semejante a la de Zifar, pero el *Cantar* coincide con el *Apolonio* en la influencia ominosa, aunque distante, que ejerce el rey malvado en las primeras etapas.

El destierro causa al Cid determinadas carencias, que son el motivo desencadenante de la acción narrada⁸. El Cid carece, ante todo, de morada, por la orden de destierro, endurecida con la prohibición de darle acogida y ayuda: sale de Vivar, atraviesa Burgos y tiene que acampar en las afueras «como si fuese en montaña» (v. 61). Sin lugar de reposo, está abocado a un movimiento incesante: «allí piensan de aguijar», «por Burgos aguijaba», «Mio Cid e sus conpañas cavalgan tan aína», «pora San Pero de Cardaña, quanto pudo espolear» (vv. 10, 51, 214, 233). Carece de una mesnada suficiente, pues al principio solo lo acompañan sesenta caballeros (v. 16)⁹. Carece de bienes, de provisiones y dinero; los remedios, como el abastecimiento que

epic», *Philological Quarterly*, 51 (1972), págs. 36-53); Deyermond examina la forma particular que tienen en el *Cantar* algunas convenciones épicas («The Close of the *Cantar de mio Cid*»); Montaner analiza el *Cantar* a la luz de estructuras míticas («El Cid: mito y símbolo»); Gifford y Pedrosa utilizan el concepto antropológico del don (Douglas J. Gifford, «Un ratón en la cerveza», en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, editado por Alan M. Gordon & Evelyn Rugg, Toronto: University, 1980, págs. 325-328; José Manuel Pedrosa, «El *Cid Donador*, o el Cid desde el comparatismo literario y antropológico», en *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas*, editado por Carlos Alvar, Fernando Gómez Redondo & Georges Martin, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2002, págs. 295-323). Pedrosa señala también paralelos de la literatura universal.

7. N. Frye, *Anatomy*, págs. 163-65, 190-91 y 199.

8. A. Montaner, «El Cid: mito y símbolo», pág. 312; Theresa Ann Sears, «*Echado de tierra: Exile and the Psychopolitical Landscape in the «Poema de mio Cid»*», Newark: Juan de la Cuesta, 1998, págs. 9-13.

9. Agradezco al profesor Alberto Montaner la aclaración de que «sesenta caballeros» no implicaría estrictamente sesenta individuos, porque cada caballero llevaría un tren de servicio; ver además su análisis de las cifras de la mesnada y de la proporción en que aumenta («El Cid: mito y símbolo», págs 294-96).

proporciona Martín Antolínez y los seiscientos marcos que se obtienen de Rachel y Vidas, son parciales y de poco alcance. En San Pedro se separa de su familia, lo cual genera una carencia con implicaciones sentimentales profundas: «agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar. | Llorando de los ojos, que non viestes atal, | así s'parten unos d'otros commo la uña de la carne» (vv. 373-75).

En esta situación, el Cid forma una serie de expectativas y proyectos: servir a su mujer y casar a sus hijas, recompensar a sus benefactores y compañeros, aumentar la mesnada (vv. 251-60, 282-84, 300-03, 388-89). Lo primero que se verifica es el crecimiento de la mesnada: a los sesenta del principio se unen ciento quince caballeros que parecen salir de Burgos (vv. 290-98), y luego otras «gentes... de todas partes» (vv. 395, 403); al salir de Castilla cuenta trescientos caballeros más un número indeterminado de peones (vv. 417-19). Todos marchan apresuradamente: «antes que anochesca, piensan de cavalgar [...]; | andidieron de noch, que vagar no se dan» (vv. 432, 434);

en Castejón no podriemos fincar,
[...]
Vanse Fenares arriba cuando pueden andar,
trocen las Alcarrias e ivan adelant,
por las cuevas d'Anquita ellos passando van.
Passaron las aguas, entraron al campo de Torancio,
por esas tierras ayuso quanto pueden andar (vv. 531-46).

Este movimiento da fruto: «grandes son las ganancias que priso por la tierra do va» (v. 553). La repetida y detallada mención de las ganancias ha recibido ya suficiente comentario para que baste con mencionarla aquí¹⁰. Añádase la alegría que causa: «traen oro e plata que no saben recabdo [...]. | grant á el gozo mio Cid con todos sos vassallos» (vv. 799, 803).

La ganancia permite al Cid remediar carencias y cumplir proyectos, pero solo en parte. Destina una suma de dinero a su familia, esperando llegar a enriquecerla (vv. 820-25). La mesnada aumenta, porque acuden más gentes, deseosas de medrar: doscientos caballeros y otros peones (vv. 916-18). Crece su poderío para dedicarse a la presa, lo cual les procura más

10. Ver, por ejemplo, Miguel Garci-Gómez, «The Economy of Mio Cid», en *Romance Epic: Essays on a Medieval Literary Genre*, editado por Hans-Erich Keller, Kalamazoo: Medieval Inst. Pubs. & W. Michigan Univ., 1987, págs. 227-236; J. Duggan, *The «Cantar de mio Cid»*, págs. 16-29.

ganancia y alegría, pero así es imposible establecer una morada: «qui en un logar mora siempre lo so puede menguar» (v. 948). La pérdida inicial es, en estas circunstancias, irremediable; por eso, la situación no es del todo satisfactoria, y el Cid la asume de manera provisional: «abremos esta vida mientra ploguiere al Padre Santo, | commo qui ira á de rey e de tierra es echado» (vv. 1047-48). Es una vida dura; hay que combatir siempre: «A menos de lid aquesto no s'partirá»; «si en estas tierras quiséremos durar | firmemientre son éstos a escarmentar» (vv. 1106, 1120-21); el ritmo de la vida está alterado, declara el narrador: «en tierra de moros, prendiendo e ganando, | e durmiendo los días e las noches trasnochando, | en ganar aquellas villas mio Cid duró tres años» (vv. 1167-69).

VALENCIA COMO UTOPIA

Inmediatamente después de la conquista de Valencia, hay un cambio de actitud: «Alegre era el Campeador con todos los que ha, | cuando su seña cabdal sedí en somo del alcácer. | Ya folgava mio Cid con todas sus compañías» (vv. 1219-21). Por si alguien no estuvo atento, el narrador lo repite poco después: «Mio Cid don Rodrigo en Valencia está folgando» (v. 1243). Ha pasado del movimiento al reposo: ha remediado la carencia de tierra¹¹. El discurso de Álvaro Fáñez al rey lo señala y añade otro aspecto:

Echástesle de tierra, non ha la vuestra amor;
maguer en tierra agena, él bien haze lo so:
ganada a Xérica e a Onda por nombre,
priso a Almenar, e a Murviedro, que es miyor,
assí fizo Cebolla e adelant Castejón
e Peña Cadiella, que es una peña fuert;
con aquestas todas de Valencia es señor (vv. 1325-31).

Efectivamente, el Cid no solo se ha establecido en Valencia sino que además ejerce en ella una autoridad independiente: promulga normas para asegurar la permanencia del asentamiento, y erige un obispado. Como es bien sabido, este hecho y el seguir reservándose la quinta parte de cada

11. Maurice Molho, «Inversión y engaste de inversión: notas sobre la estructura del *Cantar de mio Cid*», en *Organizaciones textuales, textos hispánicos*, Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail, y Madrid: Universidad Complutense & UNED, 1981, págs. 193-208 (200-01).

botín conseguido ponen de manifiesto que el Cid asume prerrogativas reales, pese a las numerosas declaraciones de vasallaje¹². En este punto se encuentra en una situación parecida a la del caballero Zifar, quien, salido de su tierra y separado de la familia, sube al trono del reino de Menton.

El Cid procede a reconstruir en torno a sí la sociedad que la ira regia le había arrebatado. Preparó la toma de Valencia con pregones para atraer más guerreros (vv. 1187-1207); una vez conquistada, realiza un censo: «tres mill e seiscientos avié mio Cid el de Bivar, | alégras'le el corazón e tornós' a sonrisar: | –¡Grado a Dios, Minaya, e a Santa María madre, | con más pocos ixiemos de la casa de Bivar!» (vv. 1265-68). De Vivar salieron exactamente sesenta caballeros, es decir, la compañía del Cid se ha elevado al cuadrado.

También ha crecido en otros aspectos: «Los que fueron a pie cavalleros se fazen; | el oro e la plata ¿quién vos lo podríe contar? | Todos eran ricos cuantos que allí ha» (vv. 1213-15). Otras veces se ha hablado de la ganancia, pero por primera vez se dice que los peones se han hecho caballeros. Como es sabido, no se trata de un mero detalle, sino que implica una mejora en la condición social¹³; cuando menos, se va a terminar una desigualdad señalada anteriormente por el *Cantar*: los peones recibían la mitad que los caballeros en el reparto del botín (vv. 512-14).

En Valencia, también por primera vez, reciben tierras los guerreros: «casas e heredades de que son pagados» (v. 1246b). Así cumple el Cid uno de sus proyectos al partir de Castilla: «Yo ruego a Dios e al Padre spirital, | vós que por mí dexades casas e heredades, | enantes que yo muera, algún bien vos pueda far, | lo que perdedes, doblado vos lo cobrar» (vv. 300-03).

Por último, la posesión de Valencia le permite recuperar a su mujer e hijas. Esa circunstancia se hace constar en varias conversaciones. El Cid dice a Álvar Fáñez: «que a grand ondra vernán | a estas tierras estrañas que nós pudimos ganar» (vv. 1280-81); Álvar Fáñez, al rey: «saldrién del monesterio do elle las dexó | e irién pora Valencia al buen Campeador» (vv. 1352-54); Álvar Fáñez, a doña Jimena: «el rey por su merced sueltas me vos ha | por levaros a Valencia, que avemos por heredad» (vv. 1400-01); el Cid, a su familia: «entrad conmigo en Valencia la casa, | en esta heredad que vos yo he ganada» (vv. 1606-07), etc. La visión desde el alcázar

12. M. E. Lacarra, *El «Poema de mio Cid»*, págs. 39-44.

13. Nilda Guglielmi, «Cambio y movilidad social en el *Cantar de mio Cid*», *Anales de Historia antigua y medieval*, 12 (1963-1965), págs. 43-65 (págs. 45-46); M. E. Lacarra, *El «Poema de mio Cid»*, págs. 161-62.

de Valencia, con la ciudad, el mar y la huerta, con notas de extensión, elevación y alegría (vv. 1610-17), es un punto cenital, opuesto al nadir de la salida al destierro. También en este momento la trayectoria del Cid es parecida a la de Zifar, quien recobró a su mujer y sus hijas siendo rey; Apolonio de Tiro, al contrario, primero reunió a su familia y después volvió a ocupar el trono.

El Cid trata a la servidumbre de su familia como ha tratado a su mesnada. Procura su ascenso social y su enriquecimiento, estableciendo lazos matrimoniales entre las dueñas y los guerreros:

Rogad al Criador que vos biva algúnt año,
 entraredes en prez e besarán vuestras manos.
 [...]

 Ya mugier doña Ximena, ¿no m'lo aviedes rogado?
 Estas dueñas que aduxiestes, que vos sirven tanto,
 quiérolas casar con de aquestos mios vassallos;
 a cada una d'ellas doles dozientos marcos,
 que lo sepan en Castiella a quién sirvieron atanto (vv. 1754-67).

Así consolida la posesión de la tierra, pues se crean nuevas familias en ella¹⁴; pero hay un aspecto más, pues el Cid se refiere inmediatamente a las expectativas de boda de sus hijas (vv. 1768). Semejante asociación muestra que piensa en guerreros y dueñas de servicio como en su propia familia; el héroe aparece como solícito cabeza de una extensa familia feudal¹⁵.

En resumen, el Cid ha fundado su propia sociedad, remontando todas las dificultades y remediando las carencias iniciales. Se trata de una sociedad rica en tierras y dinero por méritos propios, con tendencias igualitarias y con estrechos lazos personales al modo de una familia extensa¹⁶. Tal es el

14. Nilda Guglielmi, «Cambio y movilidad social», pág. 64; Sears, «Echado de tierra», pág. 63.

15. M. Harney, «Movilidad social», pág. 85; Georges Martin, «Structure de la parenté et régimes de la dépendance politique», *Histoires de l'Espagne médiévale (bistoriographie, geste, romancero)*, *Annexes des Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, 11 (1997), págs. 153-67 (163-64). Martin ofrece un análisis semántico e ideológico de las relaciones familiares en el *Cantar*.

16. Lacarra señala que la movilidad social en el *Cantar* tiene límites infranqueables: los personajes mejoran su condición (riqueza, caballos) sin salir del estamento al que pertenecen (*El «Poema de mio Cid»*, págs. 115-17, 160-63). Sin embargo, Harney matiza que algunas diferencias se deben a motivos prácticos y a méritos personales (los puestos de capitanes

fruto de la actividad heroica, y el héroe se identifica completamente con él: «E yo fincaré en Valencia, que mucho costado m'ha, | grand locura serié si la desenparás; | yo fincaré en Valencia, ca la tengo por heredad» (vv. 1470-72), «Con afán gané a Valencia e éla por heredad, | a menos de muert no la puedo dexar» (vv. 1635-36).

UTOPIA Y REALIDAD

La utopía cidiana está situada en medio del mundo real, y tiene que vérselas con vecinos reales. De un lado, los musulmanes tratan de recuperar la tierra que han perdido, con tres asaltos dirigidos por el rey de Sevilla, el rey Yúcef y el rey Bucar. Nunca parece que estos enemigos exteriores sean una verdadera amenaza; el Cid reacciona con el espíritu de «A más moros, más ganancia» (vv. 1647-50, 2315-16), y la guerra se convierte en un espectáculo¹⁷.

Del otro lado, la tierra del Cid linda con la del rey Alfonso. Aunque en esta se produjo la desolación inicial, ya no supone peligro, una vez que el Cid se ha asentado en Valencia y va amainando la ira regia. Sin embargo, el *Cantar* hace hincapié en la distinción y separación geográfica de los dos territorios. Presenta más por extenso la zona fronteriza, mientras que «el reino de Alfonso VI, Castilla incluida, está siempre visto como un mundo lejano»¹⁸. Durante el viaje de doña Jimena y sus hijas, se marcan repetidamente dos hitos: hasta Medina se extiende la protección del rey Alfonso, y desde Molina, gobernada por Avengalvón, comienza la del Cid (vv. 1382, 1450-52, 1484-85, 1540-45). Más tarde, para las vistas donde se ha de formalizar el perdón, el Cid escoge un lugar fronterizo, «sobre Tajo, que es un agua cabdal» –por más que se declare dispuesto a entrar en la tierra de Alfonso, «si quisiesse el rey» (vv. 1950-55)–; así, tanto el rey como el Cid tienen que desplazarse.

en la mesnada), que otras (la de peones y caballeros) llega a borrarse, y que en Valencia no se afirma una estratificación rígida («Class Conflict and Primitive Rebellion in the *Poema de mio Cid*», *Olifant: A Publication of the Societe Rencesvals, American-Canadian Branch*, 12 (1987), págs. 171-219 (198); *Kinship and Polity*, pág. 209).

17. T. A. Sears, «*Echado de tierra*», págs. 56-58.

18. Diego Catalán, *El Cid en su historia y sus inventores*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2002, págs. 146-54 (150).

Valencia ejerce un atractivo sobre las gentes del rey¹⁹. En las primeras etapas, parecen haber sido caballeros y peones corrientes los que se unían al Campeador «al sabor de la ganancia» (v. 1198). Después de las vistas, incluso los magnates del reino quieren visitar Valencia:

Veríedes cavalleros que bien andantes son
 besar las manos e espedirse del rey Alfonso:
 –Merced vos sea e fazednos este perdón:
 iremos en poder de mio Cid a Valencia la mayor,
 serémos a las bodas de los ifantes de Carrión
 e de las fijas de mio Cid, de don Elvira e doña Sol–.
 Esto plogo al rey e a todos los soltó;
 la conpañia del Cid crece e la del rey mengó,
 grandes son las yentes que van con el Canpeador,
 adeliñan pora Valencia, la que en buen punto ganó (vv. 2158-67).

A diferencia de las mesnadas, estos vuelven a Castilla. Por supuesto, no con las manos vacías: «Qui aver quiere prender bien era abastado, | ricos tornan a Castiella los que a las bodas llegaron» (vv. 2260-61).

El motivo de los regalos es constante en el *Cantar*²⁰. El Cid hace regalos, sobre todo, al rey Alfonso: en las tres embajadas, en las vistas, en la corte de Toledo; también regala a otros nobles, en las vistas, en las bodas y en la corte. Asimismo es conspicua su generosidad en los banquetes: da de comer al conde de Barcelona (vv. 1017-63), a los reunidos en las vistas –donde «todos eran alegres e acuerdan en una razón: | passado avié tres años no comieran mejor» (vv. 2066-67)–, y a los invitados a las bodas (v. 2208)²¹. Valencia es fuente de bienes: si geopolíticamente puede estar bajo el señorío natural de Alfonso, simbólicamente está por encima, vertiendo en él sus dones.

En conclusión, la relación de Valencia con Castilla muestra que la primera se ha convertido en una sociedad nueva y autónoma, y que esa sociedad no es excluyente. Se realiza la tendencia cómica general a incluir en la deseable sociedad final a todos los personajes que sea posible, procurando

19. T. A. Sears, «*Echado de tierra*», pág. 35.

20. D. J. Gifford, «Un ratón en la cerveza»; J. Duggan, *The «Cantar de mio Cid»*, págs. 30-42; J. M. Pedrosa, «El *Cid Donador*».

21. La comida es un importante medio de crear vínculos (N. Guglielmi, «Cambio y movilidad social», págs. 64; M. Molho, «Inversión y engaste de inversión», págs. 199-200; M. Harney, «Movilidad social», pág. 90). El *Cantar* llama a la mesnada del Cid «la yantar» o «los que comiën so pan» (vv. 304, 1682).

la reconciliación de los oponentes²². En el *Cantar* la reconciliación más conspicua es la del rey Alfonso, pero también se muestra la adhesión de muchos ricos hombres al Cid. No obstante, algunos personajes son imposibles de asimilar en el final feliz, y son objeto de «un ritual de expulsión al modo del chivo expiatorio»²³. Esto se aplica, evidentemente, a los infantes de Carrión.

UTOPIA Y DISTOPIA

Como no hay grandes dificultades externas, pues el rey Alfonso está bien dispuesto, y los moros son fácilmente vencidos, el *Cantar* elabora las dificultades internas con que se encuentra la utopía cidiana: los infantes de Carrión. Se ha señalado frecuentemente que no son tanto antagonistas cuanto antihéroes, inversiones paródicas del heroísmo del Cid²⁴. Existe además una simetría en su relación con la tierra: el apego de los infantes a las heredades de Carrión (vv. 2289, 2319-34, 2540, etc.) es comparable con el del Cid a Valencia. De esta manera, el *Cantar* proporciona una radicación simbólica a las ideas y actitudes que cada uno representa²⁵.

Los infantes causan un daño sistemático a los principales aspectos de la sociedad del Cid. En primer lugar, abandonan a su señor cuando se escapa el león, y se acobardan cuando llega el momento de defender la ciudad de Valencia frente a Bucar. Más aún, su comportamiento introduce división entre la mesnada y el señor²⁶. El Cid tiene que prohibir las burlas acerca del episodio del león (v. 2308); pide a Pero Vermúez que proteja a sus yernos en la batalla, y recibe una respuesta destemplada (vv. 2350-60). Lo cierto es que Pero Vermúez ayuda al infante Fernando, y oculta la cobardía de éste (vv. 2340-43, 3316-26). Con esto, deja al Cid engañado

22. N. Frye, *Anatomy*, pág. 165.

23. N. Frye, *Anatomy*, pág. 165.

24. Leo Spitzer, «Sobre el carácter histórico del *Cantar de mio Cid*», *NRFH*, 2 (1948), págs. 105-117 (107-08); P. Dunn, «Levels of Meaning», págs. 112-13; Thomas Montgomery, «The Rhetoric of solidarity in the *Poema del Cid*», *MLN*, 102 (1987), págs. 191-205 (203-04).

25. M. Molho, «Inversión y engaste de inversión», pág. 196; M. Harney, *Kinship and Polity*, pág. 217.

26. P. Dunn, «Levels of Meaning», pág. 113; T. Montgomery, «The Rhetoric of solidarity», pág. 202.

acerca de la valía de sus yernos; mientras, siguen las bromas entre los guerreros, lo que aumenta el rencor de los infantes (vv. 2518-34).

El comportamiento de los infantes con el dinero y el botín también es contrario al del Cid. Ellos piensan en la acumulación y en su propio consumo, y nunca hacen regalos²⁷. Después de la batalla con Bucar se reparte el botín, y «los yernos de mio Cid, cuando este aver tomaron [...] | cuidaron que en sus días nunca serién minguados» (vv. 2468-70); y dicen a su suegro: «tantos avemos de averes que no son contados. [...] | Pensad de lo otro, que lo nuestro tenemoslo en salvo» (vv. 2529-31). A solas, calculan: «Los averes que tenemos grandes son e sobejanos, | mientras que visquiéremos despende no los podremos» (vv. 2541-42). Al salir de Valencia, ya con el plan de afrentar a las hijas del Cid, tienen el cinismo de aceptar de él aún más regalos (vv. 2568-80). Durante el viaje, se despierta su codicia por las riquezas de Avengalvón, y planean matarlo a traición (vv. 2659-65).

La principal agresión contra el mundo cidiano, naturalmente, es la afrenta de Corpes. Con ella, los infantes no solo rompen sus lazos familiares con el Cid, sino que socavan el sentido de la acción heroica, la fundación del reino utópico y la reunión de la familia. Privan a las hijas de Valencia, y privan a Valencia, al Cid, de las hijas. Cuando «por muertas las dexaron [...] | e a las aves del monte e a las bestias de la fiera guisa» (vv. 2748-51), renovaron una de las principales carencias del comienzo del *Cantar*, y casi la hicieron irremediable. Además, la afrenta envuelve otros aspectos del mundo del Cid. Los infantes sacan a las hijas de sus heredades, y las llevan hasta un lugar inhóspito, el robledo de Corpes, donde «los montes son altos, las ramas puján con las nubes, | e las bestias fieras que andan aderedor» (vv. 2698-99); parecen haber encontrado el escenario idóneo para sus planes: «aquí seredes escarnidas, en estos fieros montes» (v. 2715). Se ha discutido bastante sobre el grado de realismo geográfico y de convención literaria que puede hallarse en este pasaje, y se han señalado las asociaciones folklóricas y mitológicas del escenario²⁸. Pero no son menos

27. J. Duggan, *The «Cantar de mio Cid»*, págs. 36-40; J. M. Pedrosa, «El Cid Donador», págs. 309-10. Los doscientos marcos que han dado al rey (vv. 3231-32) constituyen el pago de una multa (M. E. Lacarra, *El «Poema de mio Cid»*, págs. 57-59).

28. Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México: FCE, 1955, pág. 288; Ramón Menéndez Pidal, *Los godos y la epopeya española: «chansons de geste» y baladas nórdicas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1956, págs. 251-56; Douglas J. Gifford, «European folk tradition and the 'afrenta de Corpes'», en *Mio Cid Studies*, editado por A. D. Deyermond, London: Tamesis Books, 1977, págs. 49-62 (51-52); Alan Deyermond, *El «Cantar de mio Cid» y la épica medieval castellana*, Barcelona: Sirmio, 1987, pág. 32; A. Montaner, «El Cid: mito y símbolo», pág. 253; etc.

importantes sus conexiones internas en el *Cantar*²⁹: el robleado se opone a «Valencia la clara», de donde partió el viaje (v. 2611), y renueva la carencia de morada y el desamparo sufridos por el Cid al comienzo del destierro (vv. 61, 427-28). La afrenta es también una parodia del heroísmo militar³⁰. De un lado, los infantes se emplean con ardimiento épico en golpearlas hasta extenuarse (vv. 2745-46); del otro, se abstienen de usar las espadas, como piden sus mujeres (vv. 2726-28), y recuerdan su cobardía ante el león (vv. 2719, 2762). Por último, al romper el matrimonio y justificarlo por la diferencia de linaje (vv. 2758-61, 3296-98, 3354-56), atacan la cohesión familiar y la tendencia igualitaria en la sociedad cidiana.

En consecuencia, la actuación de los infantes pone en solfa la sociedad ideal del Cid. No llegan a destruirla, pero sí muestran su debilidad: Valencia es vulnerable a las maquinaciones de unos alevosos, que extraen de ella grandes riquezas, sin aportar otra cosa que problemas: no defienden a su señor, ocasionan disensiones en la hueste, y están a punto de causar un daño irreparable al abandonar malheridas a las hijas del Cid. Como buena parte del comportamiento de los infantes está motivado por su apego al linaje y las heredades de Carrión, podría decirse que Valencia representa la sociedad ideal de heroísmo, riqueza y generosidad, tendencias igualitarias y vínculos familiares, y Carrión sustenta su parodia: la cobardía y la traición, la avaricia, la desigualdad infranqueable y la disolución de los vínculos.

RESOLUCIÓN

La corte de Toledo y la lid posterior cumplen la función de juzgar entre estas dos visiones sociales³¹. Se trata de un recurso convencional: la acción cómica es como un juicio, donde cada parte construye su versión de los hechos, y al final se falla la realidad de una y la mendacidad de la otra; en el *romance*, la separación entre los héroes y los antagonistas suele incluir escenas judiciales³². Efectivamente, en la historia de Apolonio se encuentran los juicios contra quienes dañaron a su hija (el proxeneta de Mitilene y los padres adoptivos de Tarso); en *El caballero Zifar* se

29. A. D. Deyermond, «Structural and Stylistic Patterns», pág. 61.

30. A. D. Deyermond, «Structural and Stylistic Patterns», pág. 65.

31. M. Harney, *Kinship and Polity*, pág. 204.

32. N. Frye, *Anatomy*, pág. 166; y *The Secular Scripture: A Study of the Structure of Romance*, Cambridge & London: Harvard University Press, 1976, pág. 139.

juzga tanto a los adversarios de Zifar en la primera parte como a los de Roboán en la segunda.

En la corte del *Cantar* se ha señalado, además de su fidelidad a las prácticas jurídicas reales y su correspondencia con el impulso del derecho romano y la justicia pública³³, el valor simbólico de las tres demandas: espadas, dinero de la dote y afrenta³⁴. Dicho simbolismo tiene una dimensión social, como se puede ver por su conexión con el conjunto del *Cantar* y por el comportamiento de los personajes implicados. Las espadas fueron instrumentos para la construcción de la utopía cidiana: Colada, obtenida del Conde de Barcelona, representa la vida del echado de tierra; Tizón, que fue de Bucar, remite a la defensa de Valencia. Los infantes muestran poco interés en retenerlas (vv. 3163-69), lo cual recuerda incapacidad para defender la heredad. El Cid, al recobrarlas, las entrega de inmediato a dos de sus vasallos, diciendo a uno: «prendetla, sobrino, ca mejora en señor» (v. 3190), y al otro: «ganela de buen señor, [...] | con ella ganaredes grand prez e gran valor» (vv. 3194-97b). Estas palabras y los gestos que las acompañan constituyen una suerte de ritual que restaura el orden y la armonía en la hueste, una vez expulsados los elementos extraños.

La demanda de los tres mil marcos de dote es reveladora de aspectos sociales³⁵. Se ha señalado la diferencia entre la abundante liquidez del infanzón de la frontera, y la escasez de los grandes señores terratenientes del interior³⁶. Hay que considerar también la función formadora de sociedad que tienen las riquezas y los regalos. La dote forma parte de un pacto matrimonial que se ha roto, y debe devolverse (vv. 3202-06). Los infantes ya no tienen «averes monedados» (v. 3236b) porque los han gastado, por lo cual realizan la devolución en especie. El Cid no retiene estos bienes: deja que sus vasallos se hagan cargo (vv. 3250-51), y después de la corte hace gran cantidad de regalos al rey y a otros señores (vv. 3498-503). Así

33. M. E. Lacarra, *El «Poema de mio Cid»*, págs. 65-102; Milija N. Pavlovic & Roger Walker, «Roman forensic procedure in the *cort* scene in the *Poema de mio Cid*», *BHS*, 60 (1983), págs. 95-107, y «A reappraisal of the closing scenes of the *Poema de mio Cid*», *Medium Aevum*, 58 (1989), págs. 1-16, 189-205.

34. J. M. Pedrosa, «El *Cid Donador*», pág. 313.

35. Además, realiza una inversión llena de ironía: los infantes, obligados a pagar, se ven en la misma dificultad que el Cid al comienzo del *Cantar*, y tienen que recurrir asimismo al préstamo (A. D. Deyermond, «Structural and Stylistic Patterns», págs. 60-61; *El «Cantar de mio Cid»*, págs. 46-47).

36. D. Catalán, *El Cid en su historia*, págs. 136-45.

pues, también con esto se restaura un orden social: se sacan los bienes de manos codiciosas y se ponen en circulación con generosidad³⁷.

Por último, la «rencura mayor» de la afrenta de las hijas aborda la contraposición entre la cohesión y la tendencia igualitaria de Valencia y la disolución de vínculos y la rigidez jerárquica de Carrión. Ya se ha dicho que los infantes justifican su comportamiento por la diferencia de linaje entre ellos y el Cid. El Cid reacciona haciendo intervenir a sus vasallos; se trata de una práctica admitida por las leyes³⁸, pero no carece de valor simbólico: si los infantes se creen por encima de su antiguo suegro, éste no se digna enfrentarse personalmente con ellos, sino que delega en sus subordinados. Y estos sacan a relucir la cobardía de los infantes ante el león y los moros, es decir, recurren a criterios de mérito individual, frente al estatus atribuido por linaje que esgrimen los infantes³⁹. El problema de estos es que su argumentación está fuera de lugar, pues el linaje podía justificar el rompimiento del matrimonio, que ya se había dado por hecho (vv. 3156-58, 3206); lo que les imputan ahora es un comportamiento alevoso, del cual deben responder personalmente. En consonancia, la resolución se remite a una lid judicial: el medio elegido, por sí mismo, ya sanciona el principio del mérito personal. Queda pendiente de qué lado caerá el mérito.

El rey ordena la lid para el día siguiente (v. 3465), pero los infantes no pueden combatir tan pronto, porque perdieron sus armas y caballos al devolver en especie la dote. Entonces se produce un diálogo algo confuso: el rey permite al Cid determinar el lugar del combate, pero el Cid declina, y el rey resuelve que se celebre en las vegas de Carrión, tres semanas más tarde (vv. 3471-82). ¿Por qué declina el Cid? ¿Y por qué escoge el rey un terreno que pertenece al bando contrario? A falta de motivaciones psicológicas o legales⁴⁰, destaca la función simbólica de la localización elegida. En primer lugar, permite contraponer expresivamente la sociedad ideal con su inversión paródica: «Más quiero a Valencia que tierras de Carrión», dice el Cid (v. 3474); «¡ondrados me los envid a Valencia, por amor del Criador!» (v. 3490), «irme quiero pora Valencia, con afán la gané yo» (v. 3507), «buenos mandados me vayan a Valencia de vós» (v. 3526); y concluye el narrador: «el Cid pora Valencia e el rey pora Carrión» (v. 3532).

37. J. Duggan, *The «Cantar de mio Cid»*, págs. 30-42; J. M. Pedrosa, «El Cid Donador», pág. 313.

38. M. N. Pavlovic & R. Walker, «A reappraisal», págs. 5 y 11-12.

39. J. Duggan, *The «Cantar de mio Cid»*, págs. 43-57.

40. M. N. Pavlovic & R. Walker, «A reappraisal», págs. 191-92.

Carrión es un entorno ominoso. El bando de los infantes planea una traición, aunque no llega a consumarla por miedo del rey (vv. 3539-43, 3577-78, 3598-601, 3699). El narrador da notas de oscuridad: menciona la noche anterior a la lid, cuando se velan las armas (v. 3544) y la noche posterior, cuando el rey hace marchar a los hombres del Cid para aminorar el riesgo de un atentado (v. 3698). De esta manera se configura un escenario amenazador, que en el contexto del *Cantar* remite al robledo de Corpes. Sin embargo, también se marca un contraste: en el robledo, se despachan los posibles testigos (vv. 2708-09), pero en Carrión «muchos se juntaron de buenos ricos omnes | por ver esta lid, ca avién ende sabor» (vv. 3546-47). Allí, a solas, los infantes consumaron la traición, golpearon impunemente a dos mujeres indefensas y dañaron la honra del Campeador; aquí, en público, no se atreven a realizar sus planes traidores y tienen que combatir contra auténticos guerreros, a cuyas manos pierden su honra. El amanecer en el robledo fue una ironía: «¡mal ge lo cumplieron cuando salí el soll!» (v. 2704); en Carrión, un símbolo de que las fuerzas de la luz derrotan a las criaturas de la oscuridad: «trocida es la noche, ya quiebran los albores» (v. 3545)⁴¹.

La consecuencia de la lid campal es la definitiva polarización entre los buenos y los malos, el mundo ideal de Valencia y su contrafigura de Carrión:

Felos en Valencia con mio Cid el Campeador,
por malos los dexaron a los ifantes de Carrión
[...]

Grant es la biltança de ifantes de Carrión
[...]

Dexémonos de pleitos de ifantes de Carrión,
de lo que an preso mucho an mal sabor;
fablemos nós d'aqueste que en buen ora nació:
grandes son los goços en Valencia la mayor
porque tan ondrados fueron los del Campeador (vv. 3701-12).

Este momento estructural corresponde a lo que Frye llama una «epifanía», la separación de lo divino y lo demoníaco, cuyo modelo es el descenso victorioso de Cristo a los infiernos, con la liberación de las víctimas y la derrota de las tinieblas a manos de la luz⁴².

41. A. D. Deyermond, «Structural and Stylistic Patterns», pág. 67.

42. N. Frye, *Anatomy*, págs 190, 292; *The Secular Scripture*, pág. 163. Montaner, comparando el itinerario del Cid con los trabajos de Hércules, considera que la etapa afrenta de Corpes-lid en Carrión corresponde a la sujeción del can Cerbero («El Cid: mito y símbolo», págs. 252, 260).

Inmediatamente después, el *Cantar* concluye con la exaltación definitiva del héroe:

A mayor ondra las casa que lo que primero fue.
 ¡Ved cuál ondra crece al que en buen ora nació
 cuando señoras son sus fijas de Navarra e de Aragón!
 Oy los reyes d'España sos parientes son,
 a todos alcança ondra por el que en buen ora nació (vv. 3721-25).

A veces se exagera el contraste del v. 3722 con el v. 3725: la honra primero afluye al Cid y después mana de él. En realidad, el Cid ya había sido considerado fuente de honra anteriormente (vv. 1280, 1609, 1883, 2151, 3026, 3032, 3262); lo que importa ahora es la palabra «todos». A esta luz ha de entenderse la conexión del Cid con la realeza, que en términos estrictamente históricos causa algunas dificultades. Sus hijas no fueron señoras de Navarra y Aragón: propiamente, una hija casó con un infante de Aragón, Ramiro, y el hijo de estos recibió la corona de Navarra; la otra casó con el conde de Barcelona, que enviudó, y de unas segundas nupcias tuvo un hijo que fue rey de Aragón. Y el relacionar dinásticamente todos los reyes peninsulares con el Cid –según la letra de v. 3724– obligaría a tomar un término *a quo* bastante tardío⁴³. Pero hay que notar que se trata de una conclusión cómica convencional. La sociedad ideal cidiana, una vez que ha acogido a todos los personajes que podían admitirse en ella, y se ha librado de los indeseables, se amplía para incluir también al público. Puesto que al final de la comedia se ha logrado una sociedad que resulta atractiva para la audiencia, procede realizar un acto de comunión con esta⁴⁴. No solo «Navarra y Aragón», sino «los reyes de España», y más aún, «todos» se benefician –nos beneficiamos, viene a decir– del heroísmo del que en buen hora nació.

CONCLUSIONES

He pretendido mostrar las coincidencias estructurales del *Cantar de mio Cid* con relatos imaginativos de aventuras. Además de las cuitas familiares

43. Antonio Ubieta Arteta, *El «Cantar de mio Cid» y algunos problemas históricos*, Valencia: Anubar, 1973, págs. 23-28.

44. N. Frye, *Anatomy*, pág. 164.

y el final feliz, que ya habían sido señalados, también son elementos comunes el desencadenarse por una arbitrariedad regia, la etapa de aventuras errantes, la entrada en posesión de un reino o un territorio mayor que el que se poseía, el juicio donde se condena a los adversarios del héroe. Todos estos componentes se hallan en la historia de Apolonio y de Zifar, y no como mera circunstancias ornamentales, sino como motivos esenciales de la trama. Además, he hecho referencia a las categorías elaboradas por Northrop Frye, para mostrar que estas coincidencias se integran en un contexto más amplio de arquetipos imaginativos de la narración de aventuras.

Por otra parte, es necesario señalar dos diferencias significativas del *Cantar de mio Cid* con los relatos de aventuras. La primera es que el *Cantar* toma más elementos de la realidad externa: personajes, lugares, hechos, procedimientos⁴⁵. Buena parte de la crítica ha hablado, en consecuencia, del «realismo» del *Cantar*, midiéndolo por la proporción en que la obra se atiene a la realidad histórica documentada o la abandona⁴⁶. Frente a este enfoque de los materiales del relato, ¿se puede hablar de «realismo» como caracterización de su forma literaria? Si partimos de la imaginación, como se ha propuesto aquí, hay que considerar en qué medida se aparta el *Cantar* de lo puramente imaginativo para acomodarse a exigencias de plausibilidad y para configurar un sentido radicado en la realidad histórica y social; esto es lo que Frye llama «desplazamiento» de los arquetipos⁴⁷. En el *Cantar* hay desplazamientos muy marcados. El arquetipo de descenso victorioso a los infiernos se escamotea dos veces, y de forma explícita. Primero, en la afrenta de Corpes, exclama el narrador: «¡Cuál ventura seríe ésta, sí ploguiesse al Criador, | que asomasse essora el Cid Campeador!» (vv. 2741-42). Pero no asoma, se evita un inmediato y definitivo castigo de los agresores, las víctimas son rescatadas en tono menor por su primo Félez Muñoz, y la venganza se pospone para un proceso jurídico. La segunda vez es la lid judicial en la vega de Carrión: aunque el motivo se configura como un

45. La realidad de algunos personajes, hechos, lugares y procedimientos no implica la realidad de las relaciones y combinaciones que presenta el *Cantar*; por ejemplo, son reales el Cid y Álvar Fáñez, pero no la estrecha colaboración que se cuenta; son reales los procedimientos jurídicos de la corte, pero corresponden a un momento histórico posterior al Cid, por lo cual éste no pudo utilizarlos; etc.

46. A. D. Deyermond, «Tendencias», págs. 26-27; Francisco López Estrada, *Panorama crítico sobre el «Poema del Cid»*, Madrid: Castalia, 1982, págs. 88-103; Luis Galván, *El «Poema del Cid» en España, 1779-1936: recepción, mediación, historia de la filología*, Pamplona: Eunsa, 2001, págs. 152-64, 208-18, 234-50.

47. N. Frye, *Anatomy*, págs. 136-40.

descenso victorioso a los infiernos, una victoria de la luz sobre las tinieblas, lo cierto es que el arquetipo se habría manifestado más claramente si hubiese participado el Cid en persona; pero él se negó a estar presente, y delegó en sus vasallos, encomendados a la protección del rey. Los dos desplazamientos del arquetipo se ordenan a un sentido social. El primero hace posible la corte de Toledo, donde se juzga simbólicamente entre la visión y logro utópico del Cid y la parodia realizada por los infantes; el segundo muestra el desprecio del Cid a los infantes –manifestación de la superioridad que ha alcanzado– y la estrecha unión de la comunidad cidiana, donde los vasallos están dispuestos a morir por la honra del señor (v. 3529). Otro arquetipo desplazado es el final feliz, que en el *Libro de Apolonio* se perpetúa en una vida de tranquilidad y en *El caballero Zifar* se presenta como una fiesta familiar maravillosamente prolongada, más el anuncio de una serie de milagros (Rodríguez de Montalvo elabora de forma más fantástica el motivo de la perduración en *Las sergas de Esplandián*); en el *Cantar* se exalta el triunfo político y social del héroe, pero no se convierte en una apoteosis, y se prefiere conectarlo con el aquí y ahora del público.

Un segundo aspecto específico del *Cantar* es que muestra los aspectos sociales de la acción heroica de una forma más explícita y sistemática. El buen gobierno de Apolonio y de Zifar se presupone o se menciona escuetamente; el del Cid se manifiesta en varias disposiciones concretas, y los trazos esenciales de su visión social se subrayan por el contraste con los infantes de Carrión. Así, la Valencia cidiana se perfila con una serie de características que corresponden a varios elementos paradigmáticos de la utopía: relativo aislamiento, existencia de un legislador carismático, uniformidad social, reglamentación del matrimonio, felicidad colectiva⁴⁸; aunque algunas utopías rechazan el dinero y el despilfarro, otras sí conciben una economía de suntuosidad y fiesta⁴⁹. Los castigos dispuestos por el Cid para los que abandonen Valencia sin formalizar la despedida (vv. 1249-61) recuerdan el aspecto coercitivo que suelen tener las utopías⁵⁰.

48. Raymond Trousson, *Historia de la literatura utópica: viajes a países inexistentes*, Barcelona: Península, 1995, págs. 43-50; Micheline Hugues, *L'Utopie*, Paris: Nathan, 1999, págs. 37-39, 44-45, 50-55.

49. Trousson considera que lo propio de la utopía es el rechazo del dinero y el ascetismo en el consumo (*Historia de la literatura utópica*, págs. 44, 49), pero Hugues menciona casos de abundancia (*L'Utopie*, pág. 53), y Paul Ricoeur afirma que también existen utopías que llegan a lo opulento y festivo (*Du Texte à l'action: essais d'herméneutique*, Paris: Seuil, 1986, pág. 388).

50. R. Trousson, *Historia de la literatura utópica*, págs. 47-48; M. Hugues, *L'Utopie*, pág. 55.

Diversos estudios han puesto de relieve la radicación social del *Cantar de mio Cid* en grupos sociales emergentes: la caballería villana, los infanzones de la frontera, la burguesía, etc⁵¹. Tal radicación también es propia de la utopía⁵². Mientras que la ideología es un medio para la legitimación y conservación del orden, la utopía es una construcción imaginativa, asumida por grupos marginales o emergentes, que trasciende la realidad y el orden establecido, y tiene la capacidad de criticarlos e incluso transformarlos.

Ahora bien, el *Cantar de mio Cid* es más literalmente utópico. La imaginación que lo informa no respalda del todo ningún orden vigente ni ningún proyecto de cambiarlo, porque alcanza siempre grados de satisfacción superiores a los que la realidad puede brindar⁵³. Valencia se presenta como lugar de la satisfacción plena de deseos humanos básicos: morada, sustento y riqueza, unión familiar, cohesión del grupo, reconocimiento del mérito. Con tales características, no solo trasciende la Castilla de su tiempo, sino que puede trascender perpetuamente toda realización política y social, revelando sus limitaciones y señalando las aspiraciones permanentes de la acción humana.

51. J. Rodríguez Puértolas, «El *Poema de mio Cid*»; D. Catalán, *El Cid en la historia*, págs. 134-45. Lacarra admite la relación del *Cantar* con grupos emergentes, pero sostiene que las aspiraciones de estos están asumidas por un sistema monárquico-aristocrático esencialmente inmovilista (*El «Poema de mio Cid»*, págs. 265-67).

52. Karl Mannheim, *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid: Aguilar, 1958, págs. 267-72, 283-86; P. Ricoeur, *Du Texte à l'action*, págs. 388-89.

53. N. Frye, *Anatomy*, pág. 186; *The Secular Scripture*, págs. 161-88.

